

La miseria del narcisismo

Ensayo sobre la sumisión voluntaria

Isolde Charim

Traducción de Borja Villa Pacheco



bauplan

Índice

CAPÍTULO 1	
¿De dónde viene nuestra voluntariedad?	9
CAPÍTULO 2	
El narcisismo como sumisión voluntaria	25
CAPÍTULO 3	
La trompeta neoliberal	45
CAPÍTULO 4	
La competitividad y su más allá	77
CAPÍTULO 5	
Narciso y los otros	97
CAPÍTULO 6	
La «moral» narcisista	131

Capítulo 1

¿De dónde viene nuestra voluntariedad?

Prólogo

Nuestro punto de partida es una pregunta fascinante, planteada hace mucho tiempo: ¿por qué estamos de acuerdo con lo que hay, nos beneficie o no? Puede que nos quejemos un poco de vez en cuando, pero por lo general aceptamos las relaciones en las que nos encontramos. Voluntariamente. ¿De dónde viene esta voluntariedad?

La pandemia del coronavirus, que ha coincidido con el comienzo de la redacción de este libro, nos ha permitido observar este enigmático asunto desde un nuevo punto de vista. Y, aunque no sea este un libro sobre la pandemia, podemos tomarla como punto de partida para desplegar nuestra pregunta.

Recordemos: con las «medidas» que se tomaron, ya se tratase de lavarse las manos, llevar mascarilla o limitar los contactos sociales, surgía siempre la pregunta: ¿por qué tantas personas, quizá no todas, pero sí la mayoría, obedecían las normas?

Hubo muchas respuestas. Las medidas se seguían por miedo. Miedo a las multas, a la amenaza de sanciones en caso de incumplimiento. Pero eso es obediencia. Uno se pliega a algo externo: un reglamento, una orden, un edicto.

Estaba en juego también otro tipo de miedo: miedo al peligro, al virus. Ahí la aceptación pasa de la mera obediencia a la razón. Nos hacemos una idea de la necesidad de las restricciones en cuanto seres racionales que sopesan distintas opciones, como buenos ciudadanos

ilustrados. Uno cumple, por lo tanto, por convicción —no ya una forma prescrita, sino un contenido determinado—. Un contenido convincente. Puede afirmarse entonces, con carácter general, que o bien se sigue una forma impuesta o bien se actúa por un contenido que convence.

Pero en la mayor parte de casos se trataba de formas mixtas. ¿Quién es completamente buen ciudadano? ¿Quién es sujeto cien por cien autónomo? Y, aun así, hay aquí una cuestión que sigue abierta —y ha sido precisamente la pandemia la que la ha hecho visible—. Sobre todo al principio, no se podía apenas valorar qué era racional hacer y qué no. Qué nos protegía y qué nos hacía vulnerables. Las mascarillas, en un primer momento, no, luego sí. Infectarse por contacto, por tocar superficies: muy dramático al principio, insignificante poco después. Los encuentros casuales en la calle: primero amenazantes, más tarde indiferentes. Y, a pesar de todo, las normas se seguían cumpliendo. Esto no puede explicarse solo apelando a la racionalidad. Pues la gente cumplía con las normas y se adaptaba a ellas incluso en situaciones en las que ya no era posible argumentar por qué lo hacían. Y tampoco se trataba de pura obediencia.¹

El objetivo de estas políticas era modificar el comportamiento de las personas hasta en los detalles más nimios de sus acciones cotidianas. Por eso dependían de la colaboración de la gente. ¿De dónde venía la aceptación de estas directrices? Algunas voces señalan que el mejor modo de regular el comportamiento es valerse de estímulos positivos. Ni por coacción ni por convicción, sino por manipulación. Pero al igual que no queda claro qué es lo racional en una situación así, tampoco está claro qué estímulos positivos son los que pueden funcionar en este contexto. Todas estas posibilidades resultan, a fin de cuentas, insatisfactorias. Incluso cuando las mezclamos siguen siendo insuficientes, pues les falta el aspecto central: la voluntariedad. Voluntariamente, sí, pero no por principios racionales.

Más allá del caso concreto que la ha motivado, la situación de excepción ha mostrado que debemos plantear la pregunta de otro modo. Si la aquiescencia voluntaria de grandes masas de individuos

1 Dejemos de lado, por el momento, los distintos modos de resistencia que mostraron los negacionistas del coronavirus. Pues lo que interesa a nuestra investigación es la obediencia.

resulta central para un acontecimiento o, en términos generales, para las relaciones sociales, ¿de dónde procede? ¿De dónde viene la libre conformidad de los sujetos ilustrados del siglo XXI? Esto es lo que nos deja pasmados. Esta es nuestra pregunta.

La paradójica fórmula de La Boétie

En 1546 o 1548² el francés Étienne de La Boétie escribió el *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*.³ Acuñó en él una expresión que ha sido profusamente repetida y que conecta la voluntariedad con la servidumbre: la paradójica mezcla de lo voluntario con la sumisión forzosa.

¿Cómo puede ser, se pregunta La Boétie, que tantos individuos, pueblos, ciudades, poblaciones enteras, se sometan a un único tirano? Y su respuesta es la siguiente: un gobernante no tiene más poder que el que se le concede. Tampoco el tirano. Solo tendrá tanto poder como se le reconozca. Hará daño solo en la medida en que la gente esté dispuesta a tolerarlo. De este modo, el secreto de la dominación reside en el consentimiento de los dominados. Los oprimidos aceptan voluntariamente su opresión. Esta es la paradójica lección que La Boétie ofrece a sus contemporáneos. Y les grita: ¡Sois vosotros los que lo hacéis poderoso! ¡El poder del tirano está en vuestra voluntad!

Según La Boétie, para ser libres los pueblos solo tendrían que dejar de someterse. Entonces estaría en sus manos ser libres o siervos. Sin embargo, aceptan su desgracia. Más aún: la persiguen.

«Ciertamente, se trata de un fenómeno sorprendente, y, sin embargo, muy común», afirma La Boétie.⁴

Pero, ¿por qué se someten las personas, con independencia de que les convenga o no hacerlo? Sobre todo (y esta es la pregunta más virulenta): ¿por qué se someten cuando *no* les conviene?

La Boétie explica así este paradójico fenómeno: en un principio puede que el pueblo sea subyugado violentamente. Y, una vez subyugado, «cae en un profundo olvido de su libertad», pasando a

2 Se desconoce la fecha exacta. El texto se publicó por primera vez en 1576.

3 Etienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, trad. Pedro Lomba, Madrid, Trotta, 2019.

4 Ibid., p. 14.

obedecer de buena gana. Pero, ¿de dónde viene ese olvido? ¿Cómo se vuelve voluntaria la aceptación de la coacción? La respuesta de La Boétie a esta pregunta es toda una enumeración.

En primer lugar, por medio de la mentira y el engaño, es decir, mediante distintas argucias del tirano, que sabe valerse de poderosas ayudas: prostíbulos y casas de juego, diversiones y placeres públicos, festejos en los que se reparte carne. «Así engañan al populacho, cuyo amo es siempre su barriga».⁵ También podría decirse que se trata de una transacción —de una mala transacción, no obstante, pues el precio es la libertad—.

En segundo lugar, el dominio se produce mediante todo aquello que promueve la credulidad. Especialmente a través de la ostentación del poder: el esplendor, las mentiras, la religión. Valiéndose así de todo lo que deslumbra a la gente.

En tercer lugar, la aquiescencia voluntaria se promueve por medio del hábito y la educación: estas deforman la naturaleza de los humanos por mucho que «hayan nacido para la libertad». De este modo, la voluntariedad no sería sino la deformación de la tendencia natural de los seres humanos hacia la libertad. Educación y hábito sofocarían, y acabarían echando a perder, esta naturaleza, consiguiendo que los humanos se conformaran con el sucedáneo de la libertad: el libre sometimiento. Un sucedáneo que se vuelve natural gracias al hábito y la educación, enfrentados a la «naturaleza virgen» de los humanos al nacer. En consecuencia, la voluntariedad sería el sucedáneo, que se ha vuelto una segunda naturaleza, de la verdadera libertad.

Pero a pesar de considerar que esta obstinación al sometimiento tiene raíces profundas —a pesar de que la (auto)esclavización se haya vuelto una segunda naturaleza—, La Boétie escribe su obra como un llamamiento, un manifiesto, una apelación: «Decidíos a no someteros más y seréis libres». En cuanto uno deje de consentir la propia esclavitud, quedará inmediatamente liberado. Como si pudiera sencillamente quitarse de encima la segunda naturaleza. El llamamiento de La Boétie a sus contemporáneos tiene una doble raíz: por un lado, considera la servidumbre una relación externa —sobre todo cuando se basa en la coacción y el engaño—. Por otro lado, la voluntariedad

5 Ibid, p. 34.

tiene un extraño modo de estar presente en el texto: está ausente. Ciertamente extraño en un texto que trata de ella. Quizá la voluntariedad está tan ausente en este texto porque desde su planteamiento es solo una carencia: la ausencia de la verdadera libertad, natural y no adulterada. Desde este punto de vista, la voluntariedad es solo la naturaleza humana corrompida y deformada.

La paradoja de La Boétie es un fenómeno a la vez persistente y cambiante. Es persistente, pues también nosotros vivimos hoy bajo relaciones coactivas voluntarias. Pero es cambiante porque, a medida que se van modificando las relaciones sociales, se transforma también eso que constituye el carácter voluntario del sometimiento.

Adhesiones voluntarias ha habido siempre, sin embargo, van cambiando tanto el *modo* de adherirse como el objeto de adhesión. Se trata de un fenómeno constante con diferentes manifestaciones, diferentes intensidades, diferentes configuraciones, diferentes teorizaciones. Por tanto, no nos encontramos hoy frente a una forma de servidumbre sino de sumisión voluntaria. La diferencia es importante, porque el sumiso no es el siervo de un señor; más bien, es el que se acomoda a las circunstancias, el que encaja. A diferencia de lo que ocurre con la servidumbre, se trata aquí de un sometimiento que no se entiende a sí mismo como tal. Se experimenta como acuerdo con lo que hay, como aceptación del orden social. Más aún, la voluntariedad de esta acomodación coactiva encubierta se nos muestra como su contrario: sumisión experimentada como empoderamiento. Es imposible sobreestimar la potencia de esta sumisión voluntaria. Es la forma más eficiente y de mayor alcance en que se puede sostener, transmitir y perpetuar un orden existente: apoyándose y enfrentándose a los intereses propios.

No obstante, dado que la sumisión voluntaria es tan persistente como cambiante, surge entonces la siguiente cuestión: ¿qué significa propiamente voluntariedad? Y ¿de dónde procede?

Ampliación de la fórmula

Estamos entonces buscando esa voluntariedad ausente en La Boétie. Le atribuye la existencia propia de una Cenicienta, nada más que una forma degenerada de la «pulsión» de libertad. Una deformación civilizatoria que socava la naturalidad del impulso hacia la libertad.